

# Evocación sentimental de Navarro Villoslada<sup>1</sup>

PABLO ANTOÑANA CHASCO

## 1. A MODO DE BREVE PRESENTACIÓN

**M**e encuentro con alguna dificultad para hablar sobre quien, al mismo tiempo, me es próximo y lejano.

La cercanía está vivida de modo que me impide hacer un juicio sin mancha. Él, como yo, somos vianeses; yo nací en su casa y precisamente en la misma cama en la que él murió. Puede chocar algo este detalle, pero como cierto lo doy y voy a explicarlo. Mi abuela Margarita vino de Murillo de Río Leza en la Rioja como sirvienta, es decir criada, a la casa. De allí procedía Don Carmelo, el marido de la hija del novelista, Doña Blanca. La cosa es que abuela Margarita encontró marido, un carpintero de garlopa llamado Dimas, y por otro nombre Terrín. Se encariñó con la casa y la casa con él y ya Doña Blanca la tendría a abuela Margarita para siempre. Y ella y abuelo Terrín fueron los hacedores. Allí nacieron todos mis tíos y por ende, como si la casa fuese nuestra, que no era, también nací yo.

La lejanía la siento en la expresión literaria de nuestro personaje –que no es la mía–, en el cuerpo de su biografía –en su mayor parte dedicada a una causa que tampoco es la mía–, hasta en su misma idiosincrasia: hosco, cerrado a creencias ajenas, contundente en la afirmación de las suyas propias sin dar cuartel al enemigo. Quisiera decir que *Doña Blanca de Navarra, Amaya*, que leí de muchacho con fervor en las ediciones del Apostolado de la Prensa, son superiores a *El Doncel de Don Enrique el Doliente* o *El Señor de Bembibre* y par con *Ivanhoe*, pero no puedo. Sus fervorosos le llamaron el «Walter Scott español», no sabiéndose si este pretendido elogio le favorece o perjudica.

1. Este texto fue leído el día 13 de diciembre de 1995 en el Salón del Casino Principal, de Pamplona, en el marco de las conferencias organizadas por el Ateneo Navarro/Nafar Ateneoa durante el *Congreso Internacional sobre la Novela Histórica (Homenaje a Navarro Villoslada en su Centenario)*.

Brilló además en poesía, no tanto en teatro o zarzuela, pero donde se encuentra en su ser, a gusto o a disgusto, es en el periodismo. En él su figura coge verdadera grandeza y es donde aparece su talla combativa y polémica. Abanderado de los ideales e intereses de la Iglesia Católica, utiliza el periódico y con él la política en su defensa. Parece que catolicismo-política-periodismo forman en él fraguada masa. Recibió fuerte choque emocional con el asalto de los garibaldinos a la Puerta Pía. Es figura importante en el siglo XIX en trayectoria coherente, obstinada y recia, que apenas contradice la fe liberal de la primera mitad de su vida con el paso al carlismo integrista, hoy diríamos fundamentalista, pues siempre fue fiel a la Iglesia y en ese credo, el carlismo, creyó servirla. Polemista de temple, defensor del Papado, su pensamiento vertebrado en torno al mismo eje, la fe, la Iglesia, que le trajo luego el desengaño, el apartamiento, pues el tiempo implacable muda cuanto toca. El naturalismo, el realismo, en literatura se abrían ya paso cuando escribe *Amaya* en el comedor de su casa de Viana. La Señora recordaba a su padre dando inquietos pasos alrededor de la mesa y recitando los pasajes antes de pasarlos a las hojas de papel con letra menuda y nerviosa. Escribió con pasión y vehemencia su *Amaya*, ya hija de viejo, en aquella habitación y su gran balcón y ya quedaría recluido en ella, recibiendo de sus contemporáneos y en atención a ese enclaustramiento el sobrenombre de «El solitario de Viana». Allí vivió sus últimos años y en 1917 se colocó en la fachada una lápida de mármol con esa leyenda en que se le adjetivaba como «cantor de la raza vasca». En relieve su rostro y a los costados dos candelabros que algún día tuvieron lámpara pero que yo siempre vi sin luz y desencajados.

Personaje complejo como compleja su época, un siglo XIX hasta ayer desconocido y despreciado, hoy reivindicado como antecedente inmediato de nuestro presente azaroso y todavía en ciernes y haciéndose con inseguridad. Un historiador consciente no podrá prescindir de nuestro Don Francisco para entender sus entresijos, sólo que fiel a sí mismo y sus principios, reacio a mudar ni enmendar, su inflexibilidad le hizo merecedor por eso mismo del olvido con que le pagaron hasta los suyos.

Lo que aquí vengo a hacer es recuperar en lo mejor que pueda la figura de Navarro Villoslada según lo oído a los míos y lo que leí y ví y sentí de chico, de muchachillo, hasta morir el abuelo Dimas, Terrín, el hacedor de la casa. Casa que conocí cuando estaba viva, mitad campesina, mitad residencia casi aristocrática, o de burguesía media, imitando a alguna de mediados del siglo. Bodega, oficina de vino donde ya no se criaba vino, oficina de aceite con sus «lagos» –que eran piedras enormes excavadas– y tinajones, cuadra para las caballerías, pajar, corral con gallinas, patos, y restos de aperos de labranza, un yugo de bueyes. Un granero, un alto o desván para curar la matanza, un cuarto con el artilugio de cerner y las artesas. El resto en los dos pisos eran el salón con el piano, el armario con espejo barnizado o lacado en negro, los dormitorios de camas con dosel y sin él, a las que había que subir casi trepando, un secreter, un mueble tocador, con polveras y espejitos diminutos, una caja de música que era una casita de El Tirol. El oratorio desmantelado con fondos secretos en el altar, ya sin manteles, donde se dijo misa. Y fotografías, casi daguerrotipos, retratando figuras que algo hicieron en la historia literaria de ese tiempo, Zorrilla, Borrego, González Pedroso. Un comedor con su chimenea inglesa y todavía cenizas, supongo, de cuando

Don Francisco allí calentó sus pies. Una pequeña biblioteca y un cuarto oscuro con muchos papeles y mucho polvo.

Esta casa, que estaba tal y como la dejó Doña Blanca a su muerte y poco más o menos como cuando murió su padre treinta y seis años antes, pudo haber sido mía, pues estuve en tratos con sus biznietos, pero el ofrecimiento de venta lo pasé al Ayuntamiento de Viana, que definitivamente la compró. Antes de esta operación me moví dentro del círculo de las gentes de peso en Navarra, no cito nombres, para que hiciesen un esfuerzo y la salvaran de la incuria y desidia en que podía caer y cayó. Ahora pienso que yo debí haber hecho un esfuerzo económico y seguro que hoy sería otra cosa, quizá la misma que ví y viví. Mi intención fue hacer un museo, reconstruyendo el mobiliario y los efectos que pudieran ser rescatados, y a la vez de cuanto ya empezaba a desaparecer como instrumentos de labranza, piezas de los oficios que existieron con tradición en Viana, como cereros, carreros, guarnicioneros, alambiques de alcohol, boteros y talabarteros.

No fue posible, pues, ni tampoco fui escuchado ni atendido.

El caso es que la casa está hoy en estado de ruina y abandono, hace de almacén de herramientas para las obras del Ayuntamiento. Los tradicionalistas, o carlistas de aquel entonces, tampoco tenían interés en esto. No sé cuál es la envidia y aparato de la tradición en esta tierra. La verdad, nunca entendí como «los suyos» –y cuando digo los «suyos» sé lo que digo– le hayan tenido tan desatendido en el recuerdo y la memoria. Esta tierra mía en la que «los nuestros» es secta, devoción, fidelidad y vasallaje, y «los otros» gente apestanda, no entiendo cómo «los suyos», «los nuestros», lo han dejado sepultado en el olvido. Luego intentaré explicarme.

En su mismo pueblo, el mío, le trataron igual, pues cuando hubo ocasión de dar nombre a un Colegio Comarcal de Primera Enseñanza y a otros centros parecidos, otros nombres prevalecieron. Hubo un cine ubicado a pocos metros de la casa oriunda del escritor que se llamaba Sarasate y cuando, con motivo de esos ensanches que han nacido como excrescencias monstruosas en nuestros pueblos, de veinticinco años para aquí, se bautizaron las calles que han ido naciendo, nadie recordó a Don Francisco ni a sus personajes de creación. No hay en Viana una calle Amaya, ni otra para Aitor, ni para Blanca de Navarra, la Princesa de Viana, y no sigo.

Sí tenía una calle y la tiene, la que siempre fue principal, pero nadie la llama Navarro Villoslada sino calle Mayor y los viejos que conocí le decían la Rúa o, con deformación fonética, la Ruga.

Es el destino de muchos hombres eminentes de este país –y cuando digo país, digo país, es decir éste–. El año que corre y ya casi extinto, sin embargo, ha tocado resucitarle, al menos por unos días, los que dure la conmemoración y luego, en regreso veloz, quizá otra vez el olvido.

Ese olvido en que ha permanecido enterrado Villoslada, como en encuesta realizada por *Diario de Navarra*, hace unos años, queda notorio y patente. Sólo cuatro de veinte personas que pasaban junto al monumento de las Navas de Tolosa supieron medianamente responder. Unos decían: «Tiene que ser navarro, por el apellido», otros: «No, no sé quién es, tengo prisa», «Un músico, creo», «Uno de los tres reyes, pero me extraña que no lleva corona». Un jubilado: «Ni idea». Otro: «No puedo dar razón, hay una calle, pero éste no es, pues de ser estaría allí». Al fin un estudiante nos da noticia: «Sí lo

conozco, escribió *Amaya o los vascos en el siglo VIII*, lo he leído a trozos, pero no lo soporto ni en los “cómicos” de la Caja de Ahorros. Tiene algo de *Los Miserables*, de Víctor Hugo. Su fama le viene como a muchos autores por muy mediocres que sean, meten ruido donde hay silencio literario.»

Repito, este es al parecer el destino de quien escribe, piensa y dice lo que piensa en esta tierra.

## 2. PEQUEÑA BIOGRAFÍA DE NAVARRO VILLOSLADA

No obstante, para orientarnos un poco haré una brevísima biografía de nuestro hombre.

Nace en la casa de la calle Mayor el año de 1818. A los 11 años sale para Santiago de Compostela donde tenía dos tíos canónigos y el arzobispo es un vianés, Múzquiz Aldunate. Ingresa en la Universidad. A los trece años ya escribe unos versos a una tía monja. Le quieren hacer cura para aprovechar los ingresos de una capellanía, la de la Virgen del Rosario y la de misa de once que administra su padre. Tenía quince años. Estalla la primera guerra carlista, se cierra la Universidad, regresa a Viana, interrumpe los estudios.

1835. Su tío carnal, Nazario, sargento de la Guardia Nacional, escolta el correo que va a Logroño, los carlistas le tienden emboscada y lo llevan arrastrando de la cola de un caballo hasta Moreda, donde muere. Hace testamento militar que es cuestionado y su mujer disputa la herencia a los parientes directos.

1836. Escribe un romance en honor de su tío Nazario, ingresa en la Milicia Nacional de Viana con 18 años. Navarro Villoslada y su familia eran liberales, dato importante. Veintiún años y es encargado de la oficina de telégrafos de Viana.

1839. Acaba la guerra carlista y la Duquesa de la Victoria, mujer de Espartero, le encarga un poema que Villoslada escribe cantando las proezas del General.

1840. Con esa buena entrada quiere medrar y busca colocación. El marqués de Armendáriz, otro vianés bien instalado en la Corte, le aconseja se sirva de la Duquesa de la Victoria para entrar en Correos. Ese año escribe *Luchana*, un poema ensalzando a Espartero, otra vez. Sale para Madrid y ya entra en el periodismo. Se matricula en estudios de Leyes acogándose a una beca –diríamos hoy– de la Obra Pía de Lanciego que tiene instituida para estudiantes de Viana. Pero el periodismo le absorbe y deja los estudios por lo que el Ayuntamiento de Viana, como patrono de la Obra Pía, le exige que devuelva lo cobrado por no cumplir su fin. Don Manuel, el padre, se resiste: son 600 reales de vellón y cinco onzas de oro a devolver. Le emplazan para un sábado por la tarde, y al fin cede y restituye lo pedido. Pero ya está volando nuestro hombre. Dirige hasta cuatro periódicos a la vez, se mete en política, es enemigo de Don Carlos el pretendiente, trabaja más de doce horas diarias, se presenta para diputado, se casa con una vitoriana, y el año 1847, a los 29 años, deja de ser progresista y va moderando su liberalismo, aunque en 1852 la reina Isabel le distingue al nombrarle Caballero de la Orden Militar de San Juan de Jerusalén. Pasa por Ministerios y oficinas públicas.

En 1865, en Viana, escribe «Los católicos y las elecciones». Le ofrecen un Ministerio, que rechaza.

1869. Ingres a en la cárcel del Saladero de Madrid por un artículo que publicó contra el ministerio de Ruiz Zorrilla.

1870. Le hallamos en Francia como emigrado y, convertido al carlismo, se reúne con Don Carlos VII, del que sería secretario y al que acompañó en sus viajes por Europa.

1871. Es Senador por Barcelona. En sus viajes a Viana se preocupa de sus tierras y planta una viña en La Osa con «barbados de las villas», Torres del Río.

1872. Don Francisco está ya desengañado de la política y del periodismo y se retira a Viana. En el comedor de la casa de la calle Mayor escribe *Amaya*, que se publicará el año de 1877.

En 1885, Don Carlos le nombra representante suyo pero a causa de la edad, 67 años, y de los achaques renuncia al cargo. Parece que no residió todos estos últimos años en Viana, pero sí que se ocupó de su hacienda. Tenía tres bodegas de vino y cuatro casas. El día de su muerte, 29 de agosto de 1895, su hija Blanca apunta en su diario: «15 grados de temperatura en la habitación. Come lengua y sopa. Bebe supurado.»

En resumen, sale de Viana el año 1840, con solo veintidós años, camino de Madrid para estudiar Leyes en una galera acelerada de las de hasta seis caballerías, llevando como compañeros de viaje a dos oficiales del ejército, tres estudiantes, dos frailes de una orden mendicante y una nodriza. Regresa a Viana, ya para quedarse, el año de 1872. Viene fatigado, desengañado, y busca descanso. Han pasado treinta y dos años de intenso trabajo. Ha sido personaje importante en la historia del siglo pasado, el XIX, político y polemista fogoso, escritor de novelas que se leyeron y reeditaron con éxito como *Doña Blanca de Navarra*, que en dos meses alcanza tres ediciones.

Desde 1872 a 1886 vive en silencio y silenciado entre Viana y Madrid. Le llaman en los círculos literarios «El solitario de Viana», tal era su apartamento. Es curioso, pero de esa época tan llena de acontecimientos no nos dice nada. Estalla la segunda guerra carlista y Don Francisco, que se ha opuesto a ella, calla. Hay un vacío todavía por cubrir. Por nuestros campos de Viana merodean las partidas armadas, hay escaramuzas, entradas y salidas de los dos ejércitos en combate, y Don Francisco no deja nada escrito sobre el acontecimiento. Hubiese sido muy interesante, y de valor histórico, que nos mencionara algo de lo que oyó y vio, siquiera quién era el llamado Víctor Suso, vianés, que mandaba 58 soldados y 6 caballos y merodeaba entre Sesma y Viana, o Benigno Montoya, también de Viana, jefe de la Partida sobre Viana, o Luis Arana, otro coterráneo, que anda a las órdenes de un capitán mandando voluntarios por el valle de La Berrueza y es apaleado por haberse apropiado de la cama que correspondía al capitán y luego se vuelve liberal.

Sin embargo, de la primera guerra sí dejó mucha constancia en sus escritos y poesías, todas contra Don Carlos. Es que por entonces él y su familia eran liberales. Sabemos de este tiempo vianés que se ocupaba directamente de la hacienda: relaciona en sus apuntes del diario doméstico las cargas de uva que recoge en la vendimia de la viña de El Caracol. Los peones que vendimiaron ese año fueron Juramentos, el Corneta y el Palero.

Vino a Viana en 1872 desoyendo el consejo que un año antes le diera por carta su hija: «Hace usted bien en salir de casa y divertirse que, aunque venga la Internacional, para que le llegue a Vd. habrían quemado más de media

España. Y en ningún sitio está mejor que ahí [Madrid] pues en ésta [Viana] encontraría Vd. muchos enemigos y pocos favorecedores.» Esta era la situación, pero sin embargo y a pesar de tan poco agradable porvenir, se viene a su casa y sus tierras.

La interpretación que puede dársele al consejo de la hija y a la no atención por parte de Don Francisco puede ser, con riesgo de equivocarme, poco más o menos esta.

Primero, al proceder de familia nucleada en la corriente liberal y de confianza del Gobierno, pues a su padre se le autoriza a «conservar en su casa el fusil inglés con su bayoneta y cartucheras», y se le nombra sargento de la Guardia Nacional, y hasta a él, Don Francisco, la reina castiza Isabel II le nombra Caballero de la Orden Militar de San Juan de Jerusalén, como ya dije, en 1852, el hecho de volverse carlista y además secretario de Don Carlos VII no le sentaría bien a la fracción liberal, importante en Viana. Esta ideología estaba encarnada y dirigida en ese tiempo por los Greño, Jalón y Abadía. Don Francisco había dejado de ser de los suyos, por tanto excluido de un grupo influyente y fuerte en Viana. Dieron más voluntarios de la libertad que Tudela o Cintruénigo, por ejemplo. Había por esos días 132 voluntarios de la libertad, dirigidos por un capitán, Ezequiel Greño.

Los carlistas, por sentirse también un poco o un mucho traicionados ya que Don Francisco se opuso a la guerra, le pudieron haber retirado el aprecio. Y Viana era también fuertemente carlista: en la guerra había 42 voluntarios con el arma en la mano, un general, Simón Montoya, y los jefes de partida ya mencionados. Además, por añadidura, era hombre hosco, de rigor y cumplimiento extremo, exigente y sin mano izquierda. Estaba de regreso de glorias y honores y las pesadumbres de la guerra y los desengaños políticos le debieron agriarle aún más, dándole el rostro retratado al óleo, bien retratado y con oficio, que yo he visto en la sala colgado encima del sofá. Tenía aspecto hurraño, de entrecejo adusto y arrugado. En nada se parece al amable y distinguido retrato coloreado de su juventud que figura en la portada del libro de Carlos Mata Induráin. Doña Blanca parecía consternada al contemplarlo y rectificaba: «Papá no era así, no era, se equivocó el pintor.»

Bueno, pero al fin y al cabo nadie es creído ni comprendido en su tierra, y Viana no es ni tiene por qué ser excepción. Sólo cuando el afectado desaparece de la faz de la tierra, quizá por eso, porque ya nada supone ni causa molestias, se le reconoce. Con Don Francisco se cumplió, veintitrés años después, lo que les ocurre a la gente que pinta, hace música o escribe: «Cuando vivo está muerto y cuando muerto está vivo.» A buena hora mangas verdes, decía mi madre. Bien, pues en 1917 «los suyos», el «todo Pamplona», al fin, lo recuerdan con juegos florales, una estatua, un banquete al que asisten como siempre las autoridades civiles, militares y eclesiásticas, obsequiándose a sí mismas en la casa consistorial de Viana con este menú: cabeza de jabalí con huevos hilados, y cuajado de merluza con mayonesa, rematando la comida con café, copa y puro, y que sirve Pedro Duque. La revista *La Avalancha*, de Pamplona, le dedicó el número 563, en el que se le compara con Homero, Shakespeare y «el coloso», Louis Veuillot. Una exageración muy exagerada, pero en fin, como es nuestro el personaje, nos gustan sus excesivos elogios.

Con él, mejor dicho con su hija Blanca, acaba la estirpe de los Villoslada en Viana. Murió el año de 1931, y aún yo conservo un recibo de la «Sociedad

de Electra Recajo», de 1928, a su nombre. Antes de morir, según recojo recuerdo de mi madre, ante la sospecha de que no fuesen estimados los efectos personales que quedaban de su padre, Don Francisco, decidió destruirlos. Abuelo Terrín les prendió fuego, la Señora presente, y los restos entizonados los sepultó sin más rito ni trámite en un hoyo que excavó en el huerto tapiado. Estos efectos personales que hoy serían apreciados en un museo de su nombre fueron: una pipa color cerezo con argolla dorada, unas botas de fuelle, un cigarro puro sin rematar, un paraguas negro, una navaja con cachas de hueso, una pluma de metal, otra de ave, una brocha de pelo, una navaja barbera y una bacía de rasurar.

Acaba así una familia que merece repasar por estar íntimamente ligada a la ciudad de Viana.

### 3. BIOGRAFÍA DE LA FAMILIA DE DON FRANCISCO

De momento no eran unos cualquiera en una ciudad que contaba con muchos hidalgos y nobleza. Me daré prisa en describirla en lo más destacado, y lo considero por estimar que así se entiende al personaje y un poco la historia nuestra.

1619. Aparece en Viana un Juan Navarro que procede de Villoslada de Cameros, al menos por parte de madre.

1681. Manuel Navarro Villoslada obtiene de la Cámara de Comptos de Pamplona el título de escribano.

1710. Otro escribano de la casa, Agustín Navarro Villoslada, recibe del Papa Clemente XII el título de «hijo fiel y dilecto», con lo que cinco años después es notario eclesiástico de la Diócesis de Calahorra y La Calzada. Viven los Villoslada en la casa que tienen en el Rincón de Roquito, pero en 1716 un Rodrigo casa con Francisca de Ayala, dueña de la casa de la Rúa (la calle Mayor), y desde entonces viven en ella.

1798. Juan Manuel Navarro Villoslada, abuelo de Don Francisco, aparece como administrador de las Carnicerías de la ciudad de Viana.

1809. Los frailes de Iranzu son los propietarios de la Monjía, monasterio en un tiempo, en término jurisdiccional de Torres del Río, y Juan Manuel Navarro lleva sus cuentas.

1835. El tío Nazario, adicto a los liberales, cuando escolta el correo de Castilla, como sargento de la Guardia Nacional de la compañía estante en Viana, muere de un trabucazo y lo arrastran de la cola de un caballo hasta Moreda. Este acontecimiento marcó brutalmente a Don Francisco.

Por ese tiempo Manuel Navarro Villoslada, padre del escritor, ya es algo importante en nuestra ciudad: administrador de Obras Pías, la de Lanciego –obispo que fue de Méjico–, para estudios eclesiásticos de vianeses. Las capellanías de Juan Martínez de Aras, la del mayorazgo de Lamadrid y la de Martínez de Zúñiga. Era subteniente de la Guardia Nacional. Lleva la Caja de Amortización de Vales reales. Administra censos y capellanías, la administración de las Carnicerías públicas de Viana, la administración de Correos y los Regadíos. También administra las bodegas de la Parroquial de San Pedro.

En 1834, primera guerra carlista, administra las fortificaciones de El Cueto. Se le encomienda el cuidado del aguardiente en la Sociedad de

Alambiques de Viana, propiedad de los hermanos Elhuyar, vecinos de Logroño pero oriundos del país vasco-francés, descubridores del wolframio. Es tanto el fervor por el Gobierno, que el Gobernador militar, Don Manuel de Riego, le felicita por el celo mostrado en la fortificación del Cueto.

O sea, se trata de una familia bien asentada.

#### 4. EVOCACIÓN EN DESMESURA

Esta es, en abreviado y sólo para servirnos aquí, la vida de Don Francisco y su entorno familiar.

Le trato de Don, como siempre se le llamó en casa por los míos, abuela Margarita, abuelo Terrín; y a su hija Doña Blanca se le nombró siempre como «la Señora». Se le dio trato de respeto y sin pizca de servilismo, pues Doña Blanca debió de ser, fue, una Señora, la misma que me tuvo en brazos. Guardo la vaga visión de un rostro plácido aureolado por el madejón de su pelo cano, unas manos de carne trasparente, hechas casi para bordar, tejer, rezar o pintar al pincel.

Digo que he vivido en una atmósfera encantada donde él vivió y escribió, oí los granos de las horas hechas música en aquel reloj, como él las oyó, vi cenizas muertas en la chimenea inglesa, un librito de dos hojas de hierro en el comedor, quizá de leños que calentaron sus pies. Leí en la habitación que parecía biblioteca o comedorcillo las obras de Hartzenbusch, Mesonero Romanos, la *Historia Natural* de Buffet con litografías iluminadas, la *Historia* de Cesar Cantú, las comedias de Bretón de los Herreros. Y muchos libros de los llamados de misa, en pergamino. O en ediciones modernas: santos de predilección de la casa como San Alfonso María de Ligorio, San Gerardo Mayela, San Francisco de Sales, el padre Nieremberg, Societatis Jesus, el de *Diferencia entre lo Humano y Eterno*, que aterrorizó mis años mozos, la colección del Mensajero del Corazón de Jesús, en papel rosa donde conocí al periodista polémico Louis Veuillot, y tuve noticia del cardenal Merry del Val, y la revista de los redentoristas de Monacil (Granada) titulada *El Perpetuo Socorro*. Colección riquísima de libros religiosos que, en testamento otorgado por Doña Blanca el año de 1931, «el baulito con mis libros de devoción» dejó a Blanca Chasco, mi madre. Entre las caras devociones de la casa estaban la de la Virgen del Perpetuo Socorro, Santa Rita Bendita, patrona de los imposibles, y la del Corazón de Jesús. En el comedor había colgada una estampa de gran tamaño con un Sagrado Corazón que tenía la particularidad de mirarte en cualquier posición que nos colocábamos. Otra de la bizantina Virgen del Perpetuo Socorro. La casa también cuidaba el altar del Cristo en la iglesia de Santa María. Los jesuitas también fueron agraciados con la atención de la casa, y en ella murió en olor de santidad el padre Gutiérrez cuando la misión de 1899. También tenían cama y habitación reservada los predicadores de Cuaresma y el Santero de N.<sup>a</sup> S.<sup>a</sup> de Codés. Las otras devociones y santos populares como San Antonio Bendito, Santa Lucía, San Blas con cofradía, mayordomo, cursor y listas leídas el día del santo, eran tenidas con displicencia como devociones menores.

Esta religiosidad es la que vivió Don Francisco. Un fortín o reducto desde el que contempló el mundo. Hay anécdotas a su alrededor, oídas sin detalle, emborronadas ya por el paso del tiempo. Doña Blanca contó con principal



fervor cómo su padre había convertido al catolicismo a un periodista o personaje de la cultura de su tiempo, que pudo haber sido González Pedroso o Andrés Borrego. La Señora transmitió con unción el acontecimiento, y «con qué fervor comulgó toda la familia», y hasta algunos de ellos lo hacían por primera vez además del bautismo. Otra, aunque perteneciendo a la vertiente política, aun cuando para el escritor todas confluían en sola una: la fe religiosa. La policía vino en busca de papeles comprometedores que fueron escondidos en el madejón de pelo peinado de la Señora. Aquí se pierde el pormenor y dudo si fue en la casa de Madrid, cuando Don Francisco ingresó en la cárcel del Saladero por el famoso artículo contra Ruiz Zorrilla o en la de Viana en la inextinguible conspiración carlista. La policía se fue sin los papeles buscados.

Allí también, recogiendo testimonio de los míos que vieron pero no yo, un bargueño con taraceas en nácar, el collar de muchas vueltas que la Señora colgaba de su cuello y al cabo el abanico, una cadena de chaleco de oro de ley, con esmeraldas y turquesas, «que usó papá», alhajas que fundidas sirvieron a un joyero de Logroño, por encargo de doña Blanca, para la cajeta donde llevar de urgencia el Viático bajo la sotana del párroco de Viana. Había un mazo de cartas escritas de puño y letra por Vázquez de Mella que la Señora dejó en préstamo a un vianés que luego sería diputado carlista en el Parlamento y que nunca las devolvió, ante la desazón de Doña Blanca: «Se le olvida, se le olvida.» Se le olvidó. Por el testamento de ésta sabemos de la existencia «del medallón de oro mate con perlas finas» que le regaló Doña Margarita de Borbón y Este, esposa de Don Carlos de Borbón. Y «unos pendientes de oro y perlas». También una petaca de cuero rojizo con la firma de Carlos VII. Es que, aun cuando distante de la política, Navarro Villoslada guardó relación con el pretendiente y éste, a la muerte del escritor, envía telegrama de condolencia a la familia.

Su sombra durante mi adolescencia y parte de mi juventud estuvo, pues, allí vigilándome, de pie, sentado calzándose las botas de fuelle, quejándose de ardor estomacal, en la mano una cucharilla de café rebosando jarabe de brea o en sus dedos una píldora de Frank, o pasea inquieto mientras recita y entona la escritura de *Amaya*. Hipocondríaco, oscuro, sufridor, ya viejo, el triste rictus en la boca tal como estuvo pintado al óleo en la sala, encima mismo del sofá de tapiz tabaco claro con florecillas.

## 5. UNA DESCRIPCIÓN DE VIANA EN ESE TIEMPO

Viana por entonces era poco más o menos como la conoció Don Francisco: recogida, agrícola, deprimida. Como la conocieron los grandes personajes que la visitaron. Pérez Galdos, que dijo: «Madrigal de las Altas Torres y Viana de Navarra son los más vetustos y sepulcrales pueblos que he visto en mis correrías por España.» Pío Baroja hace un viaje con Ramiro de Maeztu a Viana, encuentra allí a alguien que tiene su apellido, dice Baroja el escritor, y que no es otro que Isidoro Arandía, el trujalero, de mote Baroja, del que habla muy bien, y gracias a ese viaje escribe *El mayorazgo de Labraz* (Labraza), y se ve cómo Viana está y era en esta novela. Gustavo de Maeztu, el pintor de aguafuerte que vivió sus últimos años en Estella, de la que dijo como elogio: «O Londres o Estella», nos ha dejado un grabado de gran fuer-

za con la vista de la subida a Viana por la cuesta encima del molino harinero que en mi infancia conocí. La torre de San Pedro desmochada y una pareja de mulas labrando junto al molino. Dedicó a Viana otra estampa curiosa en la que está la plaza del Coso, que figura con este largo título: «Insaculación o sorteo tradicional de cargos públicos en la plaza del Coso de Viana». Una mesa, un jarro de vino, un farol, un escribano y su vara de mando, y al fondo la casa de toros. Luego pasó a mural existente en el Palacio de Navarra.

Es tanta la llamada que tenía este pueblo que también lo visitó y vio y describió en uno de sus libros uno de los mejores, o el mejor en su tiempo, historiador de la Iglesia, Daniel Rops, que dijo: «Vista de lejos me recuerda una pagoda.» Y aún más, en 1954 un eximio pintor español, Benjamín Palencia, en compañía de José María Iribarren, dijo: «Tenemos que ir a la sepulcral Viana que tanto encantó a Galdós.» También Valle-Inclán le hizo elogios.

Esa ciudad era como la de Don Francisco, y como la vio una mujer que vino desde California, Beatriz Quijada Cornish, con el único objeto de tomar datos para escribir una biografía de mi paisano. Doña Beatrice, procedente del mundo pionero exento de historia vieja, se embebía escuchando al sereno cuando cantaba: «Las doce y lloviendo», «las doce y nublado», «las doce y sereno». Doña Beatriz escuchó a nuestros serenitos desde el balcón del salón, donde estaba el piano, el secreter y la silla de vaivén. «¡Qué hermoso, qué hermoso!», decía.

Ya había llegado abuela Margarita desde Murillo de Río Leza al servicio de la casa y de la mano del que fuera marido de Doña Blanca, Don Carmelo. Mi abuela pensó regresar a Murillo, pero casó con abuelo Dimas, Terrín, y así yo tuve la ocasión de haber sido acogido en brazos de «la Señora» cuando contaba cuatro años, y quiero verla en visión emborronada con la madeja cana de su pelo, quiero verla, seguro. Doña Blanca, que no nació en Viana sino en Madrid, era piadosa, caritativa, y sería recordada a su muerte provocada por los acontecimientos de la proclamación de la República. Oí que hubo plañideras en su entierro y que a los jornaleros pobres, «de la casa», los vistieron con lienzos de paño negro para la ocasión, paños que pasaron a su propiedad; se les repartió a los otros un duro en plata, y asistió el clero en cuerpo de corporación.

## 6. EXAMEN SOMERO Y CRÍTICO DE SU OBRA

Escribió mucho nuestro hombre, desde que le dedico a los trece años unos versos a su tía monja, pasando por un poema titulado «Al tío Nazario», y luego otro, «Al Otoño» (1833), luego *Luchana*, dedicado a la victoria de Espartero sobre los carlistas, en el que dice: «Y un hombre goza/ [«Don Carlos», escribe en nota aparte] cual verdugo feroz en el suplicio/ y tanta sangre con serenitos ojos/ mira. Y tantos despojos/ de su loca ambición en sacrificio.» Espartero es esperado en Logroño y un mozo vianés baja a dedicarle unos versos que recita en el salón de respeto: «¡Ah, si es tu acento, duque, omnipotente/ las artes y el saber siéntanle amigo/ y del polvo erguirán la yerta frente!» Odió la guerra provocada por las pretensiones de Carlos María Isidro de Borbón, el V para los carlistas, a sus generales Egía y Villarreal. Busca el favor de la Duquesa de la Victoria, da un salto a Madrid y se intro-

duce pronto en el mundo literario de entonces, las tertulias del marqués de Molins, pertenece al partido moderado, conoce a Zorrilla, al Duque de Rivas, a Hartzenbusch, a Donoso Cortes, a Nocedal.

El mozo de Viana empieza a ser algo y todos le quieren en su campo. Poco a poco su entera fe religiosa católica le aleja del liberalismo, al que termina combatiendo; esta es su conversión y ya no hace versos alabando a Espartero sino artículos contra el Duque, Espartero, y los suyos. Ya no denosta a Don Carlos, pretendiente, sino que le sigue por tierras de Austria y le da confianza. Se han vuelto los papeles. En todos los sitios está Villoslada menos en el que tiene que estar: la literatura. Y lo pagará.

Está en el periodismo, en la cárcel del Saladero, en el destierro, está en la secretaría de Don Carlos, dándole consejos, está en las redacciones de los periódicos, doce horas; regresa fatigadísimo a casa y todavía le quita tiempo al sueño para escribir «lo otro», la novela, y si a ello le hubiese dedicado más tiempo hoy lo tendríamos más oído, más estudiado, más encumbrado. No estuvo en su sitio, pues lo suyo pudo ser la poesía, la novela. Nunca escribió sin prisa. Sólo en Viana cuando en el comedor escribió *Amaya*. Ya llegaba tarde.

Cierto que fue uno de los mejores representantes de la novela histórica dentro del movimiento romántico, y algunos de sus fieles insisten en que fue mejor que Gil y Carrasco con *El Señor de Bembibre* y en igualdad de pulso con *Ivanhoe* de Walter Scott. Julio Cejador dice: «Hay algo de homérico en él, siéntese un aire y un frescor de otros tiempos que nos mete en ellos de pies a cabeza.» Un poco exagerado, digo. Beatrice Quijada Cornish dice: «Escribía los libros donde todo detalle que parecía increíble era estrictamente verdadero o siendo creíble era estrictamente inventado.» Otro crítico de esos tiempos, Blanco García: «Lo verídico de la narración, el conocimiento y dibujo de las figuras y sobre todo aquel acomodarse a las costumbres de remotos siglos y civilizaciones, haciéndolas sentir en vez de analizarlas fríamente, descubren al novelista de raza.» Este mismo padre agustino le llamó «el Walter Scott de las tradiciones vascas». Gente que no era de su cuerda como Palacio Valdés, liberal, y por eso su testimonio vale más, dijo en 1908, trece años después de muerto Villoslada: «Es lo cierto que hoy lo tengo por novelista de mérito y uno de nuestros escritores más correctos y elegantes. Parece mentira que yo diga estas cosas de un ultramontano. Cuéntenselo a Alarcón, que no se lo va a creer.»

En nuestros días el crítico Federico Sáynez de Robles añade el elogio: «Navarro Villoslada debe su fama a sus tres novelas históricas. Y con toda justicia cualquiera de ellas le da derecho a mención notable en la historia de nuestra literatura, pues las tres revelan un hondo sentido arqueológico y una feliz técnica constructiva muy de su género, fresca de invención y dominio del estilo y de lenguaje.»

Por unos y por otros sabemos que escribió bien. Nosotros también lo sabemos.

Yo había perdido su lecturas desde hacía tiempo, pero al hacerme cargo de estas charlas he vuelto a releer a mi paisano, casi pariente —¡ojo, que nosotros le servíamos!— y mentor, y me ha sorprendido cómo después de haber gustado otros sabores, otras modas, el regreso no se ha resentido. Salvo la comprensión del género: la novela histórica romántica. La novela histórica

moderna ha surgido con otros planteamientos y otros tintes. *Doña Blanca* no es *Bomarzo*, *Doña Urraca* no es *Memorias de Adriano* o *El nombre de la rosa*. Sí podemos decir que el género se sostiene.

Desde que escribía Don Francisco a nuestros días ha cambiado muchísimo la forma de escritura, por tanto no podemos juzgarle con nuestros ojos de hoy. La sociedad también. La de nuestro hombre era época en que la lectura era distracción de gente alfabetizada, médicos, militares, oficiales de la Administración, tenderos ricos y sus mujeres. La literatura tenía como objeto matar el rato y a la vez aprender algo de historia, que buena falta les hacía. El resto de la sociedad, el pueblo, era iletrado, poco más sabía, si es que sabía, que juntar las letras que dibujaban su firma. Las estadísticas producen pavor. Año de 1860, el 75% de la población era analfabeta. El 1887, el 60%, el 1900 el 63% y hasta en el año 1920 nos encontramos con un 52%. Todavía en mis años de oficio y como restos residuales de ese tiempo hallé a quien «firma por mano ajena», «estampa el dedo pulgar».

Bien, pues en ese tiempo así la novela exigía sencillez de argumento y lenguaje, el novelista era un poco maestro o conductor de conciencias. Se escribía con prisa, y lo increíble estaba entre sus páginas, el enigma estaba presente, y es comprensible, pues el escritor, como hoy en los culebrones de la televisión, lo hacía para cada semana en que debía entregar a sus lectores el cuadernillo. Así se distribuía la literatura, por semanas y por entregas. Algo así como aquellas películas recordadas de nuestra infancia que se daban en cinco, seis y hasta ocho jornadas, dejando con el regusto en la boca y la ansiedad de saber qué pasaría en la jornada, el domingo, siguiente. El público lector de entonces sólo buscaba el entretenimiento y la diversión y el escritor le daba eso y además le instruía. Hoy además hay una comunicación o comunión entre escritor y lector; además de ello el escritor pone en el destinatario de lo escrito la preocupación.

Bien, pues así se escribía, así lo hacía Don Francisco. En sus novelas hay al contar una velocidad que se parece mucho a las películas del Oeste y también recuerdo a Tom Mix, su caballo blanco y la chica guapa que se desmayaba en sus brazos. Intriga en *Doña Blanca de Navarra* y en *Doña Urraca*, más pausada y pesada la acción en *Amaya*, que es la única que escribió en el comedor de su casa de Viana, ya cansado, ya desengañado y un poco a destiempo, pues las modas literarias, el mismo estilo de escritura, no correspondían al estilo de *Amaya*. Hoy *Amaya*, aun cuando los críticos la consideran como la mejor de Don Francisco, es la más difícil de leer. Yo me quedo con *Doña Blanca de Navarra*.

Pero no sólo escribió estas tres novelas sino otras más, obras de teatro que no tuvieron éxito, poesía que todavía es apreciada por los críticos, y un sinfín de artículos periodísticos. Además sacó tiempo para la política. Un hombre que abarcaba muchas materias a la vez sin entregarse de lleno a ninguna, o mejor, entregándose en cuerpo y alma a todas, por lo que el tiempo diversificado no podía dar más de sí. Hoy sólo se le recuerda como novelista, pues ya se sabe que el periodismo es efímero, y aun cuando el periodismo del XIX –y parte del XX– era eminentemente literario, también envejecía con rapidez. Del periodismo de entonces sólo se salva Larra, Hartzzenbush y Mesonero Romanos.

Así fue, según mis recuerdos, según esta evocación sentimental que ahora concluye, la figura de Don Francisco Navarro Villoslada.

BND